

El Caballero Sonriente

pablo gomez



Capítulo 1

El Caballero Sonriente

El viejo Shaw acababa de celebrar su buena fortuna en la taberna después de una extenuante jornada en el cementerio, eran días lucrativos para los sepultureros. Con la alegría del suertudo y el paso del ebrio deja correr libre el eco de sus pasos por los callejones de Edimburgo, permitiendo que la música de la ciudad dormida se una a su alegre melodía, mucha gente diría lo contrario respecto a deambular a altas horas de la noche en las calles de la ciudad vieja, es un terreno muy peligrosos hogar de maleantes violentos, la desdicha para los desafortunados, pero al viejo Shaw aquello le traía sin cuidado su oficio lo había hecho un hombre ajeno al miedo y a los terrores de la noche, sin embargo no era tonto y siempre mantenía una pistola de pedernal escondida capaz de disuadir a cualquiera.

Circulaba ahogado por la nube del alcohol, completamente desarraigado ante los cambios que se sucedían a su alrededor, la melodía nocturna que acompañaba sus pasos se había alejado hasta convertirse en un susurro imperceptible. La ignorancia al medio que lo rodeaba se evidenciaba porque continuaba silbando su melodía con evidente despreocupación, y no fue hasta que un extraño sonido golpeo sus tímpanos con cierta molestia a su sensibilidad musical, le recordaba al repiqueteo de las uñas contra la mesa, que lo extrajo de su mundo. El repiqueteo resonaba por la obscuridad del callejón reciente e iba en aumento, el viejo Shaw pretendía atravesar con la mirada la negrura que reinaba en la boca del pasadizo, pero era incapaz de ver el otro lado. Allí donde comenzaba la negrura había algo que emergía lentamente, desplazándose como una araña trepando por la pared, rompiendo el velo de las tinieblas emerge una mano extendiendo sus horribles y flacuchos dedos sobre los ladrillos tamborileando con unas largas y descuidadas uñas negras, al igual que el juego de un niño inquieto. Del oscuro vacío del túnel se abrió una tétrica sonrisa plagada de torcidos dientes amarillos que brillaban como oro, seguido por un rostro cubierto por un sombrero de ala corta que lo observaba.

Shaw no era un hombre que temiera utilizar la fuerza, sobretodo si su vida era amenazada, y cuando empuñaba su pistola de pedernal no dudaba en utilizarla, así que con el arma fuera y el ultimátum hecho esperaba que él individuo de sombrero retrocediera, pero parecían haber caído en odios sordos ya que la sonrisa no se iba y él continuaba emergiendo del túnel hasta quedar completamente fuera de las sombras y quedarse apoyado con su bastón en el lugar. La situación empezaba a no ser de su agrado, tenía una sensación alarmante que recorría su cuerpo, pero todo tenía solución, cumpliendo con su amenaza efectúa el disparo mortal, la bala abandona sus aposentos envuelta en una nube blanca e iluminada por el brillo de la pólvora encendida. El atronador grito de la

pistola viajo por los pasadizos hasta perderse en el olvido y la humareda del cañón finalmente se esfumo de su rostro dejando frente a su atónita mirada un cuerpo que aún se mantenía en pie, cualquier vestigio del impacto quedaba disfrazado por el temblor que recorría su cuerpo, una tímida risa nacía de entre sus labios hasta ascender a una estridente carcajada macabra. Impulsado por un sentimiento olvidado corrió espantado cuando reconoció la representación de aquella risa, en su oficio las supersticiones eran cosa común pero nunca fueron algo real como en este momento. El pánico se extendía al igual que un veneno por todo su ser, haciendo que se precipitara por las calles de Edimburgo con el miedo anidando en su cabeza, completamente ciego a cuanto lo rodeaba, miraba a su alrededor sin mirar, todo le era igual, podía sentir los dedos de aquello tocando su hombro hasta sentía el peso de su mano tocando su cuerpo. Pero su huida termino el momento en que el piso se abrió a sus pies, una extensa caída sobre escalones de piedra castigo su viejo cuerpo, cada uno se encargo de provocarle innumerables sufrimientos por todo su ser hasta el final de la carrera, arrojándolo sobre el adoquinado de la misma manera que una muñeca de trapo.

Aturdido y vapuleado como estaba, abandonado en el suelo con cada fibra y hueso de su cuerpo en un solo grito lo único que puede hacer es observar, observar el paso danzante y burlón de una historia que se suponía no era real, una leyenda con que asustar en las noches. Con la vista oculta por el sombrero le dedica una última sonrisa, el viejo Shaw intenta gritar pero lo único que escapa de su garganta es un lamentable gimoteo. Para Edimburgo el viejo Shaw es una víctima más en una ciudad acostumbrada a los fantasmas de la miseria.

Muchas son las historias que recorrieron Edimburgo y cayeron en el olvido, pero en el callejón de Mary King's Close aquello no importa porque las sombras nunca olvidan su propósito.

Sir. Lairmore vivía en uno de los edificios que se sumaban al callejón de Mary King's Close, un caballero viudo al año de nacer su hija, la pequeña Ina, la luz de su vida. Se desvivía por ella, donde ambos fueran siempre se los podía ver rebosar de alegría como nadie, siempre se lo podía encontrar con aquella enorme sonrisa dibujada en su rostro, decía que la sonrisa lo unía con su difunta esposa y compartía con ella cada momento de su hija. Sin embargo el destino tenia otros planes.

Se acercaba la enorme celebración del cuarto cumpleaños de su hija cuando la ciudad fue sacudida por el azote de la peste, los callejones se llenaron de temor y muerte. Cada día nuevos cuerpos se sumaban en las carretas de los sepultureros y cada vez la ciudad iba sucumbiendo al manto de la muerte. Edificios enteros quedaron en silencio cuando los infectados fueron abandonados a morir, encerrados en sus propios hogares, la vida lentamente moría en Mary King's Close, sin embargo alguien tenia una opinión distinta ante los eventos recientes. Sucedió

durante la última semana antes de que se declarara el fin de la epidemia, una melodía irrumpió en el extenso pasadizo, una melodía que invitaba al baile, acompañada por un hediondo hedor a podredumbre, la pestilencia inundo el callejón al punto de ser insoportable. Las protestas de los vecinos finalmente se hicieron sentir y un grupo de sepultureros se dirigió rápidamente al lugar, acompañados por un par de milicianos como escolta. El quinteto ascendió por la escalera de uno de los pisos cerrados, al tocar la puerta fueron recibidos por un hombre descalzo que se ayudaba con un viejo bastón, mantenía su rostro oculto bajo un sombrero de ala corta con poco a la vista, salvo su sonrisa con sus dientes amarillos y descuidados. Detrás de la puerta abierta les llegó el fétido aroma de la descomposición, tan fuerte que por poco los arroja por la escalera, aunque también sus oídos se inundaron con una melodía agradable. El hombre tan amablemente les habló como si los esperara.

-Buenas noches, los estábamos esperando. Todos los invitados ya están aquí- cada uno se miró extrañado ante una invitación que no sabían que tenían.- adelante, pasen. Mi pequeña se alegrará de saber que ya están aquí.

Empujados a la fuerza por el bastón, fueron guiados al interior de un hogar de gente acaudalada, pero aparte del hedor que inundaba la estancia había algo más que no estaba bien, el lugar se lo veía abandonado y completamente desordenado, con enormes manchones oscuros que se desparramaban por doquier, llevados por el anfitrión fueron guiados hacia un enorme salón donde el olor se intensificaba. Tras la puerta del salón los aguardaba algo que escapaba de lo peor de sus pesadillas.

Anunciados por aquel hombre tan extraño, fueron presentados ante un público estático de cadáveres podridos, parados a modo de maniquíes escenificando un festejo de lo macabro y en el centro de todo, la pequeña cumpleañera, esperado a los invitados con su pálida pose angelical. Acariciado su mejilla deja una marca amoratada allí donde se posaron sus dedos, tomándola entre sus brazos se dedica a bailar al son de la música, exultando una estridente risa demencial.

Se dice que la locura consumió al tan querido Sir. Laimore, la pérdida de su hija lo arrastró a un espiral de demencia donde perdió todo contacto de cordura. Cuando los hechos llegaron a las autoridades las llamas ya devoraban el hogar, los testigos de tan fatídica noche cuentan que aún se podía escuchar la carcajada de Sir. Laimore sobreponerse al clamor del fuego.

Desde aquella tragedia una sombra deambula por los pasadizos de Mary King's Close durante las noches sin estrellas, cuando la niebla gobierna las calles su risa quiebra el silencio y su sonrisa invita al miedo, lo llaman el Caballero Sonriente, un espíritu de la desdicha, siempre en busca de

nuevos invitados con que llenar su salón.

La gélida llovizna golpeaba con inclemencia su rostro enviando heladas agujas contra su piel, para estas horas apenas podía sentir las extremidades y el viejo capote, que le había quitado a un muerto, apenas le resultaba útil contra la baja temperatura. Todos combatían el frío como podían, pero era una pelea perdida, encender un fuego era imposible si no querían delatar su posición y vivir hasta el otro día, y refugiarse bajo tierra había dejado de ser una opción gracias a los zapadores alemanes. Ahora lo único que podían hacer era acurrucarse dentro de los pequeños refugios excavados en la trinchera y compartir el calor corporal, ayudados por los pocos cigarrillos que les quedaban.

Hace días que no se ve actividad en la trinchera alemana y tanta inactividad los pone inquietos porque saben que es la antesala de una gran ofensiva. El silencio de la calma es roto por el chapotear de cientos de botas sobre el fango y el grito ahogado de un centenar de soldados en una vieja carga a la antigua. Los hombres ocupan su lugar en los parapetos, los rifles se apoyan sobre la galería de tiro, se emplazan las ametralladoras y esperan a que se pongan a tiro, al igual que un juego de tiro al blanco en la feria.

De entre la niebla que cubre la tierra de nadie surgen como espectros salidos del infierno expulsando leguas de fuego de sus bocas, cargando torpemente por el fango sus jorobados y enormes cuerpos, al tiempo que con unos brazos tan largos y fibrosos como sus cuerpos, y con dedos delgados y nudosos como una rama, apuntan hacia nuestra trinchera con inmensos cañones negros. El pánico cunde entre las filas al ver que tales monstruosidades se acercan hacia las filas, barriendo las líneas con descomunales lenguas de fuegos, los soldados huyen de sus puestos aterrados como ratas en una inundación, los pocos osados o temerarios que se atreven a enfrentar a los demonios son carbonizados entre gritos de dolor y agonía. Al igual que muchos, permanece petrificado incapaz de actuar o reaccionar en el lugar, uno de ellos lo mira y lo ve directamente a los ojos mientras dirigía su bayoneta hacia él, unos ojos que eran dos brasas ardientes cargadas con las almas de sus víctimas. A medida que se acerca con el filo dirigido al vientre, su mente se inunda de imágenes aterradoras e infernales al tiempo que un ardiente dolor inunda su ser.

Un grito atraviesa su garganta exorcizando su cuerpo revuelto en el piso, sufriendo ante una herida que no existía, lentamente el sentido de la realidad lo va devolviendo al presente, dejando atrás la terrible pesadilla en que estaba atrapado. Usando como apoyo el brazo del sillón logra reubicarse en su mullido lugar cayendo con pesadez, al tiempo que la niebla de la ebriedad va disipándose de apoco de su cabeza. Su mirada se pierde en el fuego de la chimenea, contempla la energía de su espíritu y la vitalidad que exuda a su alrededor, la suficiente para mantener el hogar caliente y acogedor, ambos sentimientos perdidos hace tanto tiempo en lo

profundo de su alma, arrebatados por la guerra. La Gran Guerra terminó hace casi dos años ya y el mismo sueño lo acosa todas las noches desde que regreso, una y otra vez, estaba cansado de aquel tormento que le arrebatara el descanso, su único consuelo es la poderosa bruma que le brinda la bebida, el preciado elixir frente a la pesadilla que aun persistía en su memoria. Pronto la sed en su garganta no se hizo esperar y su boca le pedía sentir el dulce correr del alcohol en su interior, pero una mirada a la mesilla junto al sillón le mostró, únicamente, botellas vacías que se afirmaban al mueblar. La lucha de voluntades entre la comodidad y el deseo por la bebida duro hasta que tuvo su viejo capote sobre sus hombros, la única prenda que decidió conservar después de la guerra, así, protegido por su familiar toque, se enfrentó a la oscura noche de Edimburgo.

Dejando atrás la modesta vivienda legada por sus padres, en uno de los barrios de la ciudad vieja, se mueve por los callejones de toda una vida recorrida por sus pasadizos. De la misma manera que si fuera de día se movía por un trayecto arto conocido hacia la taberna cercana a la estación. En las calles la niebla todavía no había llegado al suelo y todavía se mantenía por encima de su cabeza cubriendo los pisos superiores de las antiguas edificaciones, pero poco le faltaba para inundar los callejones con su bruma grisácea. A lo largo del extenso pasillo las farolas todavía eran capaces de combatir a la oscuridad con su brillo, desterrándola a los recónditos rincones del olvido, sin embargo, el aceite de la vida que alimentaba su vibrante energía lentamente estaban llegando a su fin y con ello la caída de la luz será inminente. Con la poca fuerza presente en las farolas decidió acelerar el paso, no era buena idea seguir dando vueltas en medio de la noche sin un refugio sobre su cabeza, el eco de sus pasos resonaba con fuerza gracias al enérgico pisar de sus botas. La melodía de su marcha viajaba a lo largo de los pasillos y callejones de la ciudad vieja armonizando la noche con su ritmo particular, y al igual que la orquesta a este se le unió otra compañía musical, nacido de lo profundo de la nada y brotando en medio del vacío de la noche, con la niebla posando su manto gris sobre la tierra. La sinfonía ahondo en sus oídos hasta conectar con su cerebro, extrayéndolo de su abstracción personal y dirigiendo su atención a su entorno, con la vista centrada al frente de su trayecto percibió movimiento tras la niebla. Bajo la luz de una farola distante, una figura alta y descalza, envuelta en sombras se deja ver emergiendo de entre la niebla de una manera sobrenatural, desplazando la bruma como si de una cortina se tratara, el individuo permanece estático bajo el brillo naranja del farol apoyado sobre su bastón, podía sentir como era estudiado bajo los ojos ocultos en la sombra del sombrero de ala corta. Su mirada lo hacia sentirse incomodo había algo perverso en su forma de ver, podía sentirlo bajo la piel, su sexto sentido desarrollado en la guerra estallaba a gritos en su cabeza. Haciendo caso a su instinto continuo su camino sin perderle de vista hasta doblar en la primera esquina que encontró, en ningún momento aquel individuo dejo de seguirlo con la mirada aun después de perderlo podía sentir sus ojos quemándole la nuca al igual que

dos brazas ardientes.

Un sombrío presentimiento no abandonaba su mente a medida que continuaba con su camino, todavía podía sentir su presencia tocando su espalda, allí mismo parado, tocando el piso con su bastón a un ritmo acompasado de un único golpe toc, toc, un sonido que empezó a resonar por el callejón paralizando su cuerpo ante la sorpresa. El eco continuaba sonando de dos en dos como una llamada de ultratumba, a su espalda, y atendiendo a su llamado allí estaba él, parado en la entrada del túnel con su pose firme haciendo sonar el taco del bastón, aquel oscuro y siniestro extraño con su sombrero calado hasta el puente de la nariz y con porte distinguido, exponiendo sus horribles dientes amarillos y torcidos en la sonrisa más tétrica y tenebrosa que haya visto jamás en su vida. Aquella sonrisa, la mirada sin ojos, le traía el recuerdo de un cuento que había oído una vez cuando era pequeño, la historia de un hombre atormentado a quien le decían el Caballero Sonriente, se suponía que era eso, una leyenda, una historia para contar en las noches y asustar a los niños, sin embargo allí estaba frente a sus ojos. En todo su tiempo de servicio en los Highlanders, Duncan, nunca tuvo tanto miedo como ahora, sobrepasaba todo lo que había visto en la guerra y ningún arma le iba a salvar.

Con el pavor corriendo como hiedra venenosa por su cuerpo y el Caballero caminando hacia él, bamboleando el bastón con un andar danzarín casi cómico, y su enorme sonrisa entre los labios, fuerza a que sus piernas rompan la parálisis que las atenazaban y así lograr correr hacia la salida del túnel como alma que lleva el diablo, seguido pacientemente por el Caballero en su peculiar andar sin cambiar su paso. Los únicos ruidos que se escuchaban eran las suelas de sus botas en la carrera, el mundo a su alrededor había enmudecido, todo permanecía en silencio, presentía algo distinto a su alrededor, se produjo un cambio que no podía explicar, pero no tuvo que esperar mucho para descubrirlo. El resplandor de una luz se reflejó en su espalda, ya no existía la salida que añoraba, sino, más bien, un oscuro pasillo sin paredes que se extendía frente a sus ojos con pequeños puntos anaranjados que se propagaban a lo lejos.

Unas velas luchaban con sus pequeñas llamas para revelar un salón ricamente decorado, estas colgaban de candiles hechos de marfil blanco y brillante, un poco ennegrecidos por el uso, brindando una tenue luminiscencia anaranjada que se difuminaba por el lugar. Del techo colgaba una enorme araña hecha del mismo material, salvo que en vez de velas comunes cargaba con velas negras de llama verde. Un estudio más minucioso de los candiles le reveló la rareza de su material, huesos humanos pulidos hasta darle un brillo sobrenatural sostenían a las fuentes de luz, la araña del techo estaba formada por columnas y cráneos junto a demás huesos de diversas procedencias formando un conjunto macabro. Su mirada se posó inmediatamente en el centro del salón y en la enorme asistencia que colmaba el lugar de baile, no era una asistencia en sí, más bien se trataba de cuerpos descompuestos vestidos con uniformes de

gala, maquillados de la forma más grotesca para darles una apariencia más viva, cada uno formaba una pareja en pose de baile como si hubieran quedado congelados a mitad de la danza. Alrededor del grupo un conjunto de cuerpos viejos y secos admiraba el ballet en su eterna pose de maniquí.

Al eco de dos palmadas el vals emprendió su macabro baile de marioneta, moviéndose a la sintonía de una música salida de ningún lugar, tirados por la mano de un titiritero invisible. Era un espectáculo horrible de ver, sus movimientos eran duros y acompasados, podían escucharse el crujir de las articulaciones muertas.

Detrás de toda la multitud una sombra se desplazaba entre el público momificado, acariciando rostros cadavéricos con mano gentil y apreciando cada facción como si fueran una obra de arte, hasta fundirse entre los difuntos maniqués. Duncan intentaba localizarlo siguiendo la supuesta dirección de sus movimientos cuando la risa más macabra y tétrica inundo el salón helándole la sangre hasta la punta de sus dedos, alguien se había unido al vals. Danzando con gracia entre los difuntos esbozando la pantomima de pareja de baile, cruzo suavemente todo el salón al son del compás al igual que fueran uno, apenas se despegaba del piso deslizándose sobre la brisa de sus movimientos, exudando risas al aire en completa alegría. Detiene con gracia su baile frente al cuerpo pálido y amoratado de una mujer investida en vestido azul marino, con un peinado ondulado de color avellana, toma una de sus manos con delicadeza y le dedica un beso con aquella horrible sonrisa al tiempo que enfilaba su vista oculta bajo el sombrero hacia Duncan.

Espantado ante tan horrible escena huye internándose en medio del vals, se desplazaba tan velozmente como puede entre la maraña de cuerpos danzantes empujando sin contemplación alguna a los invitados y arrojando sus putrefactos cuerpos hacia el suelo. Cada vez que volteaba la mirada lo veía a él, con la vista fija clavada en su persona sin moverse un milímetro al igual que se hubiera detenido el tiempo, sus dientes amarillos reluciendo a través de su sonrisa disfrutando del gozo que le brinda su patético intento de huida. Un mal paso lo envía de cara al piso amortiguando su caída gracias al frío cuerpo del ilustre uniformado militar imbuido en su traje de gala, al cual arrastró consigo en su torpeza, sus manos terminaron enterradas en su pecho al intentar incorporarse en él. De la nada una mano sale en su auxilio, sin embargo al observar el rostro de la amabilidad queda petrificado, en un mal chiste el Caballero le tiende la mano en su ayuda, su cuerpo entero empieza a temblar, cada fibra de su ser es azotada por un escalofrío que nace de su espalda. Sus manos escapan de las entrañas del cadáver rozando un elemento metálico al final, sin apartar la mirada de sus dientes tantea el objeto con su mano esperanzado de que sea lo que él supone, sus dedos reconocen lo que parece ser un mango, lo sujeta con fuerza entre sus dedos y lo extrae con furia arremetiendo contra el Caballero. La mano que le tendía vuela por el

aire y el sable rescatado del uniforme termina de por cortar el aire con un silbido, el Caballero hecha un chillido de agonía y se aleja intempestivamente, flotando en el aire al igual que una sábana atrapada por el viento, hasta tocar el techo tal cual un murciélago, desde allí arriba puede sentir el odio que le profesa. Con el arma aun en su mano y sin poder salir de su estupor le toma unos segundos comprender la oportunidad que se abrió, Duncan hecha a correr por donde vino, atropella sin miramientos a las parejas que se interponen en su camino arrojándolas al piso de la misma manera que fueran sacos de papa, desde el cielo raso del techo el Caballero va tras él moviéndose en cuatro patas de la misma manera que un murciélago.

Antes de que pudiera reaccionar Duncan es elevado en el aire por una fuerza que presiona en su cintura, completamente confundido queda pataleando en el aire hasta que su cuerpo se petrifica después de ver los tentáculos que lo sostienen. En una especie de reconocimiento el Caballero le regala su verdadero rostro, sin el sombrero de ala corta encima, su cabeza descarnada danzaba en sombras por el brillo de las velas, las cuencas vacías de sus ojos se hundían en profundos abismos negros, su cabeza apenas se cubría con escasas greñas de cabello, no obstante lo más aterrador eran las hileras de dientes puntiagudos que sobresalían de su anormal mandíbula abierta, tan grande como para tragarse su cabeza de un bocado, y del fondo de su garganta dos extensas y fibrosas lenguas nacían de su interior. Duncan golpeaba y golpeaba con el pequeño sable pero al parecer no tenía el filo suficiente para cortarlas, al ver su inminente fin sujeta con todas sus fuerzas lo primero que tiene a su alcance, la enorme araña que colgaba del centro con sus velas de llama azul, las lenguas tiraban y tiraban cada vez más fuerza buscando que suelte su agarre. Las velas finalmente cedieron ante las sacudidas que atacaban a la lámpara y se rindieron al vacío, una a una se precipitaron contra el piso extinguiéndose en pequeñas explosiones azules. Con cada impacto una parte de los presentes reanimados quedaban tendidos en el piso, completamente tiesos como debería ser, al ver el rostro del Caballero podía sentir su desesperación ante los sucesos que se desarrollaban debajo, en cambio, para Duncan esto le dio una idea. Usando la mano que aun sujetaba el sable, blandió el filo con todas sus fuerzas hacia la cadena de hueso que mantenía a la lámpara en el techo, en una explosión de astillas y polvo blanco esta abandono su lugar de honor en el centro para precipitarse en caída libre.

Tanto Duncan como la lámpara tocaron el piso casi simultáneamente, pequeños fragmentos cubrieron su cuerpo al estallar la enorme araña en una nube de polvo blanco, la caída lo había dejado sin aire en los pulmones y un estridente chillido apuñalaba sus oídos, ante sus ojos el Caballero chillaba de desesperación rebuscando entre el polvo blanco que se disipaba sacando una vela sin vida tras otra hasta dar con la última que aun permanecía con la preciada flama encendida. La preciada flama, aun atada a su candelabro blanco, brillaba tenuemente entre las manos que la

sujetaban al igual que un recién nacido, a su alrededor las sombras avanzaban inexorablemente cubriendo con su manto los cuerpos desechos del piso, finalmente el Caballero con la vela sujeta entre sus manos retrocede hacia las sombras dejándose envolver en su manto de oscuridad, podía sentir el odio que le profesaba aun cuando el brillo azul de la llama dejo de resplandecer y el callejón emergió frente a él.

Duncan presagiaba que esto no iba ser la última vez, hasta que el salón este lleno su presencia iban a continuar atormentando las calles de Edimburgo sin descanso ni clemencia.